NOVA

CIBERTORMENTA

MATTHEW MATHER

Traducción de Albert Solé

GRUPO ZETA

Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile

Título original: *Cyberstorm*
Traducción: Albert Solé
1.ª edición: septiembre, 2014

© Matthew Mather, 2013
© Ediciones B, S. A., 2014
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-5503-3
DL B 12108-2014

Impreso por Relligats Industrials del Llibre, S.L.
Av. Barcelona, 260
08750 Molins de Rei

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Dedicado a Julie Knuckey-Mather,
por protegernos siempre
y, desde luego, por su amor.

Prólogo

Subiéndome las gafas de visión nocturna, me detuve y parpadeé, escrutando la oscuridad con unos ojos ahora desprovistos de ayuda. La noche era negra como la pez y silenciosa; me sentía desconectado de todo. Solo, contemplando el vacío, me convertí en una mota de existencia que flotaba en el universo. Al principio la sensación fue aterradora y me dio vueltas la cabeza, pero no tardó en volverse reconfortante.

«A lo mejor la muerte es esto. Estar solo, en paz, flotando, flotando, sin miedo...»

Volví a ponerme las gafas de visión nocturna. Copos de nieve de un verde espectral aparecieron de la nada para caer suavemente a mi alrededor.

Aquella mañana los retortijones del hambre habían sido tan intensos que poco faltó para que me impulsaran a salir fuera de día. Fue Chuck quien me retuvo, hablando conmigo y calmándome. No era por mí, había argumentado yo, era por Luke, por Lauren, por Ellarose, por cualquier razón que me permitiera, igual que a un adicto, ir en busca de mi dosis.

Solté una carcajada.

«Soy adicto a la comida.»

Los copos de nieve que caían eran hipnóticos. Cerré los ojos y respiré hondo.

«¿Qué es real? ¿Qué es la realidad, en todo caso?» Me parecía estar teniendo alucinaciones, mi mente era incapaz de

encontrar apoyo firme en algo antes de patinar. «Contrólate. Luke cuenta contigo. Lauren cuenta contigo.»

Abrí los ojos, me obligué a volver al aquí y el ahora y pulsé el móvil que llevaba en el bolsillo para poner en pantalla la realidad aumentada. Un campo de puntitos rojos se desplegó en la distancia. Inspirando profundamente una vez más, fui poniendo cautelosamente un pie delante del otro y proseguí mi camino por la calle Veinticuatro, yendo hacia el cúmulo de puntos de la Sexta Avenida.

25 de noviembre

Chelsea, Nueva York

—¡Vivimos tiempos asombrosos!

Examiné cuidadosamente el trocito de carne chamuscada que sostenía ante mí.

—Tiempos asombrosamente peligrosos. —Chuck, mi vecino de al lado y mi mejor amigo, se rio y tomó un trago de cerveza—. Buen trabajo. Probablemente por dentro sigue congelada.

Sacudiendo la cabeza, dejé la salchicha quemada en el borde de la parrilla.

La semana estaba siendo insólitamente calurosa para la época de Acción de Gracias, así que había decidido hacer una barbacoa en la terraza de nuestro almacén reconvertido en edificio de apartamentos. La mayoría de nuestros vecinos aún seguía allí para la fiesta, así que Luke, mi hijo de dos años, y yo habíamos pasado la mañana yendo de puerta en puerta, invitándolos a todos a nuestra pequeña celebración al aire libre.

—No insultes mis artes culinarias, y no vuelvas a empezar con eso.

El sol poniente todavía resplandecía como la promesa de una velada espectacular. Desde nuestra atalaya del séptimo piso, las magníficas vistas otoñales de árboles rojos y dorados se prolongaban a lo largo del cauce del Hudson, con el ruido de la calle y el *skyline* como telón de fondo. Nueva York

poseía una vitalidad que todavía me llenaba de emoción aun cuando llevaba dos años viviendo allí. Miré a nuestros vecinos. Habíamos reunido un grupo de treinta personas para nuestra pequeña fiesta; estaba íntimamente orgulloso de que hubieran venido tantas.

—¿Así que no crees posible que una erupción solar pueda destruir el mundo? —dijo Chuck, enarcando las cejas.

Con su acento sureño, conseguía que incluso los desastres parecieran la letra de una canción, y recostado en una tumbona, con la camiseta de los Ramones y los vaqueros llenos de desgarrones que llevaba, parecía una estrella del rock. Los ojos color avellana le brillaban alegremente, y una pelambrera rubia y la barba de dos días completaban su apariencia general.

—Ese es precisamente el tema con el que no quiero que empieces.

—Solo digo que...

—Lo que dices siempre apunta hacia el desastre. —Puse los ojos en blanco—. Acabamos de pasar por una de las transiciones más asombrosas en la historia de la humanidad.

Moví las salchichas que tenía en la plancha, generando otra serie de llamaradas abrasadoras.

Tony, uno de nuestros porteros, estaba junto a mí, todavía con traje y corbata, aunque al menos en mangas de camisa. Corpulento, con marcados rasgos italianos, Tony era tan típico de Brooklyn como los Dodgers de antaño, y su acento no te permitía olvidarlo. Era la clase de tío que te cae bien nada más conocerlo, siempre dispuesto a echar una mano sin perder la sonrisa o con una broma.

Luke también quería mucho a Tony. Desde el momento en que aprendió a andar, cada vez que bajábamos, mi hijo salía disparado como un cohete del ascensor en cuanto se detenía en la planta baja con un campanilleo y corría al mostrador de la entrada para saludar a nuestro portero con chillidos de contento. El sentimiento era mutuo.

Aparté la vista de las salchichas y me dirigí directamente a Chuck.

—En la última década han nacido más de mil millones de personas, el equivalente a un nuevo Nueva York cada mes durante los últimos diez años. Es el aumento de población más rápido que ha habido y que habrá jamás. —Agité enfáticamente las pinzas—. Cierto que ha habido unas cuantas guerras aquí y allá, pero ninguna de importancia. Creo que eso dice algo acerca de la raza humana. —Hice una pausa teatral—. Estamos madurando.

—La inmensa mayoría de esos mil millones de personas todavía toma biberón —señaló Chuck—. Tú espera quince años. Cuando todos quieran tener el último modelo de coche y de lavadora, entonces veremos lo maduros que somos.

—La pobreza mundial, en términos de renta per cápita expresada en dólares, se ha reducido a la mitad que hace cuarenta años...

—Sin embargo, uno de cada seis estadounidenses pasa hambre y la mayoría están mal alimentados —me interrumpió Chuck.

—Y por primera vez en la historia, desde hace solo uno o dos años —continué yo—, hay más gente viviendo en las ciudades que en el campo.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

Tony sacudió la cabeza, tomó un sorbo de cerveza y sonrió. De combates verbales como aquel ya había sido testigo muchas veces.

—Lo es —observé yo—. Los entornos urbanos son más eficientes energéticamente que los rurales.

—Excepto que el medio urbano es un entorno artificial —argumentó Chuck—. El medio rural sí que es natural. Hablas como si las ciudades fueran burbujas autosuficientes, pero no lo son. Dependen por completo del medio natural que hay a su alrededor.

Lo señalé con las pinzas.

—Ese mismo medio que estamos salvando por el hecho de vivir en ciudades.

Cuando volví a prestar atención a la parrilla, vi que la gra-

sa que rezumaba de las salchichas había vuelto a prender en llamitas que estaban chamuscando las pechugas de pollo.

—Lo único que digo es que cuando todo se venga abajo...

—¿Cuando un terrorista lance una bomba atómica sobre Estados Unidos? ¿Un pulso electromagnético? —pregunté mientras cambiaba la disposición de las carnes en la parrilla—. ¿Un superbicho suelto?

—Cualquiera de esas cosas —asintió Chuck.

—¿Sabes qué debería preocuparte?

—¿Qué?

No quería darle nada nuevo con lo que obsesionarse, pero no pude contenerme. Acababa de leer un artículo sobre el tema.

—Un ciberataque.

Por encima del hombro de Chuck, vi que los padres de mi esposa acababan de llegar. Se me hizo un nudo en el estómago. Qué no habría dado yo por tener una relación fácil con mis suegros; aunque, después de todo, no era el único que la tenía mala precisamente.

—¿Nunca habéis oído hablar de algo llamado Dragón de la Noche? —pregunté.

Chuck y Tony se encogieron de hombros.

—Hace unos años empezaron a encontrar código informático extranjero en los sistemas de control de las centrales de energía de todo el país —les expliqué—. Rastrearon los comandos hasta su origen en edificios de oficinas de China. El código había sido diseñado específicamente para sabotear nuestra red energética.

Chuck me miró, nada impresionado.

—¿Y? ¿Qué sucedió?

—No ha pasado nada todavía, pero el problema es vuestra actitud. Es la actitud de todo el mundo. Si unos cuantos chinos estuvieran dando vueltas por el país pegando paquetes de explosivo plástico a las torres de telefonía móvil, la opinión pública exigiría su cabeza y que declarásemos la guerra a China.

—¿Antes lanzaban bombas para acabar con las fábricas y ahora se limitan a clicar con un ratón?

—Exactamente.

—¿Ves? —dijo Chuck con una sonrisa—. Por mucho que lo niegues, en el fondo tú también eres supervivencialista.

Me reí. No iba a empezar a hacer acopio de reservas en previsión de un desastre por nada del mundo.

—Respóndeme a esto: ¿a cargo de quién está internet, esa cosa de la que dependen nuestras vidas?

—No sé... ¿Del Gobierno, quizá?

—La respuesta es que de nadie. Todos manejan internet, pero no está a cargo de nadie.

Chuck soltó una carcajada.

—Parece la receta perfecta para un desastre.

—Me estáis asustando —dijo Tony, consiguiendo por fin meter baza—. ¿No podríamos hablar de béisbol por una vez? —Las llamas rugieron de nuevo y retrocedió con fingido terror—. Será mejor que dejes que me ocupe yo de la barbacoa. Tú tienes cosas más importantes que hacer, ¿no?

—Y nos gustaría comer algo que no esté completamente churruscado —añadió Chuck con una sonrisa.

—Sí, claro. —Reacio, le ofrecí las pinzas a Tony.

Laura me miraba de nuevo. Yo intentaba retrasar lo inevitable. Ella reía mientras hablaba con alguien, echándose hacia atrás la melena dorada con una mano.

Con sus pómulos marcados y sus ojos intensamente verdes, Lauren atraía la atención siempre que entraba en una habitación. Tenía las facciones refinadas de su familia, con una nariz afilada y una barbilla que acentuaban su esbeltez. Después de cinco años con ella, al mirarla desde el otro lado de un patio todavía me quedaba sin aliento: seguía sin poder creer que Lauren me hubiera elegido.

Respiré hondo y erguí los hombros.

—Dejo que os ocupéis de la parrilla —dije, sin dirigirme a nadie en particular. Ya volvían a hablar del ciberapocalipsis.

Dejé la cerveza en la mesa que había al lado de la parrilla y

me acerqué a mi mujer, que estaba de pie en el otro extremo de la gran terraza que coronaba nuestro edificio, hablando con sus padres y con algunos vecinos. Yo había insistido en que aquel año invitáramos a su madre y a su padre el Día de Acción de Gracias, pero ya empezaba a lamentarlo.

Su familia era antigua y adinerada, de Boston, brahmanes vestidos de *tweed*, y aunque al principio yo había hecho cuanto estaba en mi mano para congraciarme con ellos, últimamente me había dado por vencido y empezaba a resignarme de mala gana a la idea de que nunca sería lo bastante bueno para ellos, aunque no por ello los trataba con descortesía.

—Señor Seymour —dije, tendiéndole la mano—, muchísimas gracias por venir.

El señor Seymour, con chaqueta de *tweed*, pañuelo en el bolsillo de la pechera, camisa azul y corbata de cachemira marrón, levantó la vista de su conversación con Lauren, y me sonrió con los labios apretados. Enseguida me sentí fuera de lugar con mis vaqueros y mi camiseta. Dando los pocos pasos que me separaban de él, extendí la mano hacia la suya y se la sacudí con firmeza.

—Y usted, señora Seymour, tan guapa como siempre —añadí, volviéndome hacia la madre de mi esposa, que estaba sentada en el borde de un banco de madera, junto a su esposo y su hija. Llevaba un traje marrón con un sombrero demasiado grande a juego y un grueso collar de perlas. Con el bolso firmemente sujeto en el regazo, se inclinó hacia delante como disponiéndose a levantarse.

—No, no, por favor, no se levante. —Me incliné hacia ella para darle un besito en la mejilla.

La señora Seymour sonrió y volvió a acomodarse en el borde del banco.

—Gracias por haber venido a pasar el Día de Acción de Gracias con nosotros.

—Entonces ¿lo pensarás? —le dijo el señor Seymour a Lauren en un tono bastante alto. Casi podías percibir las capas de pasado familiar en su voz, cargada de privilegio, de res-

ponsabilidad y, aquel día, quizá de un poco de condescendencia. El señor Seymour estaba asegurándose de que yo oyera lo que decía.

—Sí, papá —murmuró Lauren, mirándome furtivamente para luego bajar la vista—. Lo haré.

Ni mordí el anzuelo ni me di por enterado.

—¿Les han presentado a los Borodin?

Señalé con un ademán a la anciana pareja rusa a la que se le había adjudicado la mesa contigua a la suya. Aleksandr, el marido, dormía ya en una tumbona, roncando suavemente al lado de su esposa, Irena, muy atareada con su labor de costura.

Los Borodin vivían en el apartamento de al lado. A veces yo me pasaba horas enteras escuchando las historias de la guerra que contaba la señora Borodin. Habían sobrevivido al sitio de Leningrado, la actual ciudad de San Petersburgo, y encontraba fascinante que aquella anciana pudiera haber pasado por algo tan horrendo y sin embargo mostrarse tan positiva y amable con el mundo. Cocinaba un *borscht* asombroso, también.

—Lauren nos ha presentado. Ha sido un placer —masculló el señor Seymour, con una sonrisa dirigida a la señora Borodin, que levantó la vista, se la devolvió y se concentró de nuevo en el par de calcetines que tenía a medio tejer.

—Bueno —dije abriendo los brazos—, ¿ya habéis visto a Luke?

—No, está abajo con Ellarose y la canguro, en casa de Chuck y Susie —explicó Lauren—. Todavía no hemos tenido ocasión de ir a verlo.

—Pero ya nos han invitado al Metropolitan —dijo la señora Seymour alegremente, animándose de pronto—. Tenemos entradas para el ensayo con vestuario del nuevo montaje de *Aida.*

—¿Ah sí?

Miré a Lauren y luego me volví hacia Richard, otro de nuestros vecinos, que decididamente no figuraba en mi lista de favoritos.

—Gracias, Dick.

Apuesto y de mandíbula cuadrada, Richard había sido algo así como una estrella del fútbol universitario en sus días de Yale. Su esposa, Sarah, una personita minúscula, estaba sentada detrás de él como un cachorrito asustado. En cuanto la miré, se apresuró a bajarse las mangas del suéter para que no se le vieran los brazos.

—Sé que a los Seymour les encanta la ópera —explicó Richard con su acento de dinero antiguo, como si fuera un agente de bolsa de Manhattan que estuviera describiendo una buena inversión. Si los Seymour eran el Viejo Boston, la familia de Richard era el Viejo Nueva York—. Tenemos los asientos de «amigos y familia» en el Met. Solo dispongo de cuatro entradas, pero Sarah no quería ir... —Su esposa se encogió de hombros tímidamente detrás de él—. Puede que me equivoque, pero me parece que a ti no te van demasiado estas cosas. Se me ocurrió que podía llevarme conmigo a Lauren y a los Seymour. Un pequeño obsequio del Día de Acción de Gracias.

El acento del señor Seymour era auténtico, pero la afectación de colegio británico que se gastaba Richard me rechinó en los oídos.

—Supongo.

«¿Qué demonios estará tramando?»

Pausa incómoda.

—Y si queremos asistir, más vale que no perdamos el tiempo —añadió Richard, enarcando una ceja—. Es un ensayo preliminar.

—Pero es que estamos a punto de empezar a servir —dije yo, señalando las mesas con mantel llenas de cuencos de ensalada de patatas y platos de papel. Tony me sonrió y me saludó, agitando las pinzas al tiempo que iba amontonando pechugas de pollo y salchichas quemadas en una bandeja para servir.

—No pasa nada, ya haremos un alto en el camino para tomar algo —dijo el señor Seymour, recurriendo nuevamente a su típica sonrisa de labios apretados—. Richard nos estaba

hablando de ese sitio estupendo que acaba de abrir las puertas en el Upper East Side.

—Solo era una idea —añadió Lauren como si no se sintiera muy cómoda—. Estábamos hablando, y Richard lo mencionó.

Respiré hondo y empecé a apretar los puños, pero me contuve y suspiré. Las manos se me relajaron poco a poco. La familia era la familia, y yo quería que Lauren fuera feliz. Aquella salida a la ópera quizá contribuyera a ello. Me froté un ojo y exhalé lentamente.

—No cabe duda de que es una gran idea. —Miré a mi esposa con una sonrisa de verdad en los labios, y noté que se relajaba—. Yo cuidaré de Luke, así que no hace falta que os deis prisa en volver. Pasadlo bien.

—¿Estás seguro? —preguntó Lauren.

Una pizca de gratitud se infiltró en nuestra relación, dándole un poco de empuje.

—Lo estoy. Yo me tomaré unas cuantas cervezas con los chicos. —Pensándolo bien, la idea sonaba cada vez mejor—. Mejor os ponéis en marcha. Quizá podríamos quedar para tomar una copa después.

—Entonces, ¿todo arreglado? —preguntó el señor Seymour.

Unos minutos después se habían ido y yo volvía a estar con los chicos, llenándome el plato de salchichas y rebuscando en la nevera a la caza de una cerveza.

Me dejé caer en un asiento.

Chuck me miró con un tenedor lleno de ensalada de patatas a medio camino de la boca.

—Eso es lo que consigues casándote con una chica que se llama Lauren Seymour.

Me eché a reír y abrí mi lata de cerveza.

—Bueno, ¿qué se sabe de esa pelotera por aquellas presas en el Himalaya que estaban teniendo China y la India?

27 de noviembre

La visita de la familia de Lauren no fue nada bien.

La cena de Acción de Gracias dio pie al desastre, primero porque encargamos un pavo precocinado en Chelsea Market —«oh, vaya, ¿no preparáis el pavo vosotros mismos?»—; luego, por la incomodidad de tener que cenar sentados alrededor de la encimera de la cocina —«¿cuándo vais a comprar un apartamento más grande?»—, y la guinda final fue que yo no pudiera ver el partido de los Steelers: «Perfecto, si Michael quiere ver el fútbol, entonces nosotros nos volvemos al hotel.»

Richard había tenido el detalle de invitarnos a tomar unas copas después de la cena en su palaciego tríplex con vistas al *skyline* de Manhattan, donde fuimos atendidos esmeradamente por su esposa Sarah: «Pues claro que cocinamos nuestro pavo, ¿vosotros no?»

La conversación se centró rápidamente en las conexiones entre los antiguos linajes de Nueva York y Boston: «Fascinante, ¿verdad? Richard, tú tienes que ser casi primo tercero de nuestra Lauren», seguido inmediatamente después de: «Mike, ¿tú sabes algo de la historia de tu familia?»

Algo sabía, desde luego, y tenía que ver con clubes nocturnos y acerías, así que dije que no.

El señor Seymour puso punto final a la velada interrogando a Lauren sobre sus nuevas perspectivas laborales, que

eran inexistentes. Richard contribuyó con muchas sugerencias de gente que le podía presentar. Me preguntaron educadamente qué tal me iba el negocio —era socio minoritario de un fondo de capital de riesgo especializado en redes sociales—, después de lo cual hubo ruidosas proclamas de que internet era demasiado complicada incluso para hablar de ella, y finalmente: «Bueno, Richard, ¿cómo se está gestionando el fondo de inversión de tu familia?»

Para ser justo, Lauren me defendió, y todo transcurrió en términos razonablemente civilizados.

Pasé la mayor parte del tiempo haciéndoles de chófer para que pudieran ver a sus amistades en lugares como el Metropolitan Club, el Core Club y, por supuesto, el Harvard Club. Los Seymour tenían el mérito de que al menos un miembro de cada generación de su familia había estudiado en Harvard desde su fundación, y en el club del mismo nombre fueron tratados como la realeza cuando va de visita.

Richard incluso tuvo la amabilidad de invitarnos al Yale Club a tomar una copa la noche del viernes.

Casi lo estrangulo.

Misericordiosamente, la visita solo duró dos días y, una vez transcurridos estos, dispusimos del fin de semana para nosotros solos.

La mañana del sábado acababa de empezar y yo estaba sentado junto a la encimera de granito de nuestra cocina dando de comer a Luke. El niño estaba en su sillita y yo hacía equilibrios en un taburete mientras veía las noticias de la CNN al tiempo que iba cortando en trocitos manzanas y melocotones que le ponía delante en un plato. Luke, contentísimo, cogía cada trocito, me sonreía enseñándome los dientes y luego se comía la fruta o chillaba y la tiraba al suelo para *Gorby*, el chucho de los Borodin.

Era un juego que no pasaba de moda. *Gorbachev* pasaba casi tanto tiempo en nuestro apartamento como en su casa con Irena, y viendo la manera en que Luke le echaba comida, no costaba mucho entender el porqué. Yo quería que tuviéramos

perro, pero Lauren estaba en contra. Demasiados pelos, decía. Incluso tener a *Gorby* rondando por casa ponía a prueba su paciencia, como resultaba evidente siempre que me pedía que la ayudara a quitar pelo de perro de la chaqueta de un traje o de unos pantalones.

Golpeando la bandeja con los puños, Luke chilló: «¡Pa!», su palabra universal para todo lo que tuviera que ver conmigo, y extendió su manita: *por favor, más manzana.*

Sacudí la cabeza, riendo, y seguí cortando fruta.

Luke solo tenía dos años, pero ya era tan alto como un crío de tres, algo en lo que probablemente había salido a su papá, pensé con una sonrisa. Mechones de pelo dorado le flotaban alrededor de unas mejillas regordetas que siempre brillaban suavemente. Tenía en la carita una permanente sonrisa traviesa que le dejaba al descubierto todos los dientecitos blancos, como si estuviera a punto de hacer algo que sabía que no debía hacer, como solía ser el caso.

Lauren salió de nuestro dormitorio con los ojos todavía medio cerrados de sueño.

—No me encuentro bien —farfulló, y entró tambaleándose en nuestro cuartito de baño, la única otra habitación independiente de nuestro piso de menos de cien metros cuadrados. La oí toser ruidosamente y luego escuché el agua de la ducha.

—El café se está haciendo —dije, pensando que la noche anterior no había bebido tampoco tanto mientras veía a unos iracundos estudiantes chinos quemando banderas estadounidenses en la ciudad de Taiyuán. Yo nunca había oído hablar de Taiyuán, así que, mientras con una mano dejaba caer unos cuantos trocitos más de fruta delante de Luke, consulté mi tableta con la otra.

Wikipedia: «Taiyuán (chino: 太原市; pinyin: Tàiyuán) es la capital y la ciudad más grande de la provincia de Shanxi, en el norte de China. Según el censo de 2010, su población asciende a 4.201.591 habitantes.»

«Uau.»

Tenía más población que Los Ángeles, la segunda ciudad más grande de Estados Unidos, y eso que Taiyuán era la vigésima de China. Pulsando unas cuantas teclas más, descubrí que China tenía más de ciento sesenta ciudades con una población superior al millón de habitantes, en tanto que Estados Unidos tenía exactamente nueve.

Levanté la vista de mi tableta para mirar las noticias. La imagen del televisor había cambiado a una vista aérea de un portaviones de extraño aspecto. Un comentarista de la CNN describía la escena.

—«Aquí vemos al primero y hasta el momento único portaaviones chino, el *Liaoning*, rodeado de destructores de la clase Langzhou, de aspecto bastante amenazador, enfrentado al *USS George Washington* junto al estrecho de Luzón, en el mar de China Meridional.»

—Siento lo de mis padres, cariño —murmuró Lauren mientras se me ponía detrás, secándose el pelo con una toalla y vestida con un albornoz blanco de felpa—. La idea fue tuya, no lo olvides.

Se inclinó sobre Luke a hacerle mimos y lo besó mientras él sonreía y expresaba su placer con un gritito por tales atenciones, y después me estrechó entre sus brazos y me besó el cuello.

Sonreí y le devolví el beso, disfrutando de aquella muestra de afecto después de dos días muy tensos.

—Ya lo sé.

Un oficial de nuestra Marina acababa de aparecer en el noticiario de la CNN.

—«No hace ni cinco años que Japón nos estaba diciendo que sacáramos de Okinawa a nuestros chicos, pero ahora vuelven a suplicar ayuda. Los japoneses tienen una flota de portaaviones suyos navegando hacia aquí, así que no entiendo por qué...»

—Te quiero, cariño. —Lauren me había deslizado una mano por debajo de la camiseta y me estaba acariciando el pecho.

—Yo también te quiero.

—¿Has pensado un poco más en lo de ir a Hawái por Navidad?

—«... y Bangladesh lo va a pasar muy mal si China desvía el curso del Brahmaputra. Necesitan amigos ahora más que nunca, pero jamás imaginé que la Séptima Flota acabaría estacionada en Chittagong...»

Suspiré y me aparté de Lauren.

—Sabes que no me siento cómodo con eso de que tu familia lo pague todo.

—Entonces déjame pagar a mí.

—Con dinero de tu padre.

—Eso es solo porque no estoy trabajando, porque dejé el trabajo para tener a Luke —dijo ella levantando la voz. Era un tema delicado.

Nos habíamos apartado completamente y Lauren me dio la espalda para coger un tazón de la alacena y llenarlo de café. Solo. Nada de azúcar aquella mañana. Después apoyó la espalda en el horno y puso las manos alrededor del tazón caliente, acurrucada sobre sí misma y lejos de mí.

—«... empezando operaciones cíclicas las veinticuatro horas del día, con constantes despegues y misiones de recuperación desde los tres portaaviones estadounidenses estacionados en...»

—No es solo por el dinero. No me sentiré cómodo pasando las Navidades allí, con tu madre y tu padre; ya celebramos el Día de Acción de Gracias con ellos.

Lauren me ignoró.

—Acababa de terminar los artículos para Latham y me había colegiado... —hablaba más consigo misma que conmigo—, y ahora todo se está encogiendo. Dejé escapar la oportunidad.

—No la dejaste escapar, cariño —dije en voz baja, mirando a Luke—. Todos lo estamos pasando mal. Esta nueva recesión está siendo muy dura para todos.

En el silencio subsiguiente, el comentarista de la CNN pasó a otro tema.

—«Hoy se ha sabido que varios sitios web del Gobierno de Estados Unidos han sido pirateados y dañados. Con las fuerzas navales chinas y estadounidenses frente a frente en alta mar, la tensión del conflicto va en aumento. Conectamos ahora con nuestro corresponsal en el cuartel general del Cibercomando de Fort Meade...»

—¿Qué hay de lo de ir a Pittsburgh para ver a mi familia?

—«... los chinos afirman que la destrucción de los sitios web del Gobierno de Estados Unidos ha sido obra de hacktivistas particulares y que la mayor parte de la actividad procede al parecer de fuentes rusas...»

—¿Lo dices en serio? ¿No piensas hacer un viaje gratis a Hawái y quieres que yo vaya a Pittsburgh? —Parecía enfadada—. Tus dos hermanos son unos criminales convictos. No estoy segura de que quiera exponer a Luke a esa clase de ambiente.

Me encogí de hombros.

—Venga ya, que cuando sucedió eso mis hermanos eran adolescentes. Ya hemos hablado del asunto.

Lauren no dijo nada.

—¿No detuvieron a uno de tus primos el verano pasado? —le pregunté, a la defensiva.

—Es verdad. Lo detuvieron —repuso ella, sacudiendo la cabeza—, pero no lo metieron en la cárcel. Hay una pequeña diferencia.

No dije nada y la miré a los ojos.

—No todos tenemos la suerte de contar con un tío congresista.

Luke nos estaba mirando a los dos.

—Y bueno —dije, levantando la voz—, ¿qué era eso en lo que tu padre quería que pensaras?

Yo ya sabía que era una nueva propuesta para atraerla de vuelta a Boston.

—¿A qué te refieres?

—¿Necesitas que te lo explique?

Lauren suspiró y miró el café.

—En un puesto de socia en Ropes & Gray.

—No sabía que hubieras presentado una solicitud.

—No...

—No pienso mudarme a Boston, Lauren. Creía que el objetivo de venir aquí era que pudieras empezar tu propia vida.

—Lo era.

—Creía que íbamos a intentar tener otro crío, un hermanito o una hermanita para Luke. ¿No era eso lo que querías?

—Más que tú.

La miré con incredulidad; mi visión de nuestro futuro en común había quedado súbitamente desmenuzada por una sola frase. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Este año voy a cumplir los treinta —añadió Lauren—. Oportunidades así no surgen a menudo. Podría ser mi última ocasión de avanzar profesionalmente.

Silencio mientras nos mirábamos el uno al otro.

—Pienso ir a esa entrevista.

—¿Y no hay más que hablar? —El corazón se me aceleró—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Acabo de explicarte el porqué.

Volvimos a mirarnos en un silencio mutuamente acusador. Luke empezó a removerse en la sillita.

Lauren suspiró y encogió los hombros.

—No lo sé, ¿vale? Me siento perdida. Ahora no quiero hablar de ello.

Me relajé, y el corazón empezó a latirme un poco más despacio.

Lauren me miró.

—He quedado para comer con Richard porque quería hablarme de algunas ideas para mí que se le han ocurrido.

Me puse colorado.

—Creo que Richard pega a Sarah.

Lauren apretó la mandíbula.

—¿Cómo se te ocurre decir algo semejante?

—¿No le viste los brazos en la barbacoa? Se los tapaba. Le vi los morados.

Lauren sacudió la cabeza y soltó un bufido.

—Estás celoso. No seas ridículo.

—¿De qué debería estar celoso?

Luke rompió a llorar.

—Voy a vestirme —dijo Lauren despectivamente, sacudiendo la cabeza—. Deja de hacerme preguntas estúpidas. Ya sabes a qué me refiero.

Ignorándome, se inclinó sobre Luke y lo besó, murmurando que lo sentía, que no había pretendido chillar y que lo quería muchísimo. En cuanto lo hubo calmado, me lanzó una mirada malévola, se fue al dormitorio y cerró de un portazo.

Suspirando, cogí a Luke en brazos, le apoyé la cabeza en mi hombro y empecé a darle palmaditas en la espalda.

—¿Por qué se casaría conmigo, eh, Luke? —susurré con un hilo de voz.

Después de dos o tres hipidos, su cuerpecito se relajó.

—Venga, vamos a ver a Ellarose y a la tía Susie.